

fiestamente procedentes de la mano de Dios. Porque es menester que haya una relacion entre sus obras, que todo tenga un mismo designio, y que la ley cristiana, que es la última, esté subordinada á la otra. Es lo que tampoco puede negarse. No puede ponerse en duda que los judíos hayan aguardado y aguarden todavía un Cristo; y las predicciones de que ellos son los portadores, tampoco permiten dudar que este Cristo prometido á los judíos no sea el mismo en quien nosotros creemos.

CAPÍTULO XXX.

Redúcense las predicciones á tres hechos palpables: parábola del Hijo de Dios, que establece su enlace y relacion.

Como la discusion de las predicciones particulares; aunque de por sí sea muy voluminosa, depende de muchos hechos que no todos pueden apreciar debidamente, Dios ha elegido algunos que están al alcance de los mas rudos. Estos hechos ilustres, estos hechos brillantes de que todo el universo es testigo, son los hechos que he procurado poner mas de manifiesto, llamando sobre ellos mas particularmente la atencion; cuales son la desolacion del pueblo judío y la conversion de los gentiles acaecidos simultáneamente, y los dos precisamente en el mismo tiempo en que el Evangelio fue predicado y en que apareció Jesucristo.

Estas tres cosas, unidas en el orden de los tiempos, lo estaban aun mucho mas en el orden de los juicios de Dios. Las antiguas profecías han hecho mencion de ellas, y todas fueron anunciadas: pero Jesucristo, fiel intérprete de las profecías y de la voluntad de su padre, nos ha explicado todavía mejor esta relacion y enlace en su Evangelio. Lo hizo en la parábola de la viña, tan familiar á los profetas. El padre de familia plantó esta viña, es decir, la verdadera religion fundada en su alianza, y la dió á unos trabajado-

res para que la cultivasen, es decir, á los judíos. Para que la vendimiasen envió por diferentes veces á sus sirvientes, que eran los profetas, que asesinaron los trabajadores infieles. Inclínose su bondad á enviarles su propio hijo: tratáronle aun peor que á sus criados. Al fin quitóles la viña, y se la dió á otros trabajadores: quitóles la gracia de su alianza para dársela á los gentiles. Deben, pues, concurrir juntas estas tres cosas; la misión del Hijo de Dios, la reprobación de los judíos y la vocación de los gentiles. Creemos que esta parábola no necesita de más comentarios que los hechos que la han interpretado.

Habéis visto que los judíos confiesan que el reino de Judá y el estado de su república principiá á decaer en el tiempo de Herodes, y cuando Jesucristo vino al mundo. Pero á las alteraciones que ellos hicieron en la ley de Dios tuvieron por resultado disminuirse visiblemente su poder, su última desolación, que dura todavía, debe ser el castigo de un crimen mucho mayor.

Este crimen visiblemente es el haber desoído á su Mesías que venia á instruirles y á darles la verdadera libertad. Desde aquel tiempo hallase sometido su cuello á una coyunda de hierro mas pesada; y ciertamente hubieran ya sucumbido del todo, y hubieran ya sido exterminados, si Dios no les reservase para servir algún día al Mesías á quien crucificaron.

Hé aquí, pues, ya un hecho averiguado y público: cual es la ruina total del estado del pueblo judío en tiempo de Jesucristo. La conversión de los gentiles, que debia verificarse en el mismo tiempo, no es cosa menos cierta ni menos justificada. A la vez que fue destruido en Jerusalem con el templo el antiguo culto, la idolatría fue atacada por todas partes; y los pueblos, que hacia ya millares de años que vivían olvidados de su Criador, salieron de su letargo.

Y para que todo esté en conformidad, las promesas espirituales empezaron á cumplirse con la predicación del Evangelio, en el mismo tiempo en que el pueblo judío, que no habia recibido mas que las temporales, reprobado manifestamente por su incredulidad, y cautivo por toda la tierra, no tuvo ya grandeza humana que esperar. Entonces fue prometido el cielo á los que padecian persecucion por la justicia; fueron predicados los secretos de la vida futura; y fue mostrada la verdadera bienaventuranza en un parage lejos de esta mansión en donde reina la muerte, y en donde tienen su asiento el pecado y todos los males que son consecuencia de él.

Si no se descubre aqui en esto un designio sostenido siempre con constancia; si no se ve en estos sucesos un orden continuado de los juicios de la Providencia, que preparó desde el origen del mundo lo que acaba al fin de los tiempos,

y que, bajo diversos estados, pero por una sucesion siempre constante, perpetúa á los ojos de todo el universo la santa sociedad en que quiere ser servido; merece no ver nada y ser abandonado á su propia obcecacion y empedernimiento como al mas justo y al mas riguroso de todos los suplicios.

Y para que este orden sucesivo del pueblo de Dios apareciese con toda claridad á los mas cortos de vista, hízole Dios sensible y palpable con hechos que nadie puede desconocer, á menos de no cerrar voluntariamente los ojos á la luz, y de no taparse los oídos para no oír resonar los acentos de la verdad. El Mesías es aguardado por los hebreos; llega y llama á los gentiles, segun lo habia predicho. El pueblo que le reconoce como ya llegado, es incorporado al pueblo que lo aguardaba, sin que medie entre los dos tiempos un solo momento de interrupcion: este pueblo es esparcido por toda la tierra; los gentiles no cesan de agregarse á él, y esta Iglesia que Jesucristo estableció sobre la piedra, permanece incontrastable, y jamas será destruida, prevaleciendo contra los esfuerzos del infierno.

CAPÍTULO XXXI.

*De la continuacion de la Iglesia católica,
y de su manifesta victoriá sobre todas
las sectas.*

¡Qué consuelo tan grande para los hijos de Dios! Pero qué conviccion de la verdad, cuando ven que desde Gregorio XVI que ocupa hoy tan dignamente la primera silla de la Iglesia, se remonta sin interrupcion hasta S. Pedro, establecido por Jesucristo príncipe de los apóstoles: desde donde, volviendo á tomar el orden de sucesion de los pontífices que sirvieron bajo la ley escrita, se llega hasta Aaron y hasta Moisés, y desde éstos hasta los patriarcas y hasta el origen del mundo! ¡Qué continuacion, qué tradicion, qué encadenamiento tan maravilloso! Si nuestra mente, incierta de suyo y hecha por sus incertidumbres el juguete de sus propios raciocinios, tiene necesidad, en las cuestiones en que se interesa la salvacion, de ser fijada y determinada por alguna autoridad cierta; ¿qué mayor autoridad que la de la Iglesia católica, que reúne en sí misma toda la de los siglos pasados, y las antiguas tradiciones del género humano hasta su primer origen? Así que la sociedad que estuvo esperando á Jesucristo durante todos los siglos pasados, fue fundada en fin sobre la piedra, y en la que

S. Pedro y sus sucesores deben presidir por orden suya, se justifica ella misma por su propia continuacion, y lleva en su duracion eterna impresa la mano de Dios.

Ninguna heregia, ninguna secta, ni ninguna otra sociedad mas que la de la Iglesia de Dios ha podido darse tampoco esta sucesion tan seguida y nunca interrumpida. Las falsas religiones han podido imitar á la Iglesia en muchas cosas, y sobre todo la imitan diciendo, como ella, que es Dios quien las ha fundado: pero esta asercion en su boca no es mas que una palabra al aire. Porque si Dios ha creado al género humano, y si creándole á su imagen, no se ha desdenado nunca de enseñarle el medio de servirle y de agradecerle, toda secta que no demuestra su sucesion desde el origen del mundo no es de Dios.

En este punto caen á los pies de la Iglesia todas las sociedades y todas las sectas que los hombres han establecido dentro y fuera del cristianismo. Por ejemplo, el falso profeta de los árabes ha podido decir ser un enviado de Dios, y despues de haber engañado á pueblos profundamente ignorantes, ha podido aprovecharse de las divisiones de los pueblos vecinos para estender por ellos y por la fuerza de las armas una religion enteramente sensual: pero ni se ha querido suponer que haya sido esperado, ni en fin, ha podido dar á su persona, ó á su religion,

ninguna relacion real ni aparente con los siglos pasados. El medio que adoptó para eximirse de dar estas pruebas fue bien nuevo. Receloso de que se intentase investigar en las escrituras de los cristianos testimonios de su mision, semejantes á los que Jesucristo encontraba en las escrituras de los judios, dijo que los cristianos y los judios habian falsificado todos sus libros. Sus sectarios ignorantes le creyeron bajo su palabra, seisientos años despues de la venida de Cristo; y se anunció él mismo, no solo sin dar ningun testimonio precedente, sino tambien sin atreverse él ni los suyos á suponer ó prometer ningun milagro sensible que pudiese autorizar su mision. Del mismo modo los heresiarcas, que han fundado sectas nuevas entre los cristianos, han podido hacer la fe mas fácil, al mismo tiempo que menos sumisa, negando los misterios que sobrepujan al alcance de los sentidos. Han podido deslumbrar á los hombres con su elocuencia y con una aparente piedad, remover sus pasiones, escitar sus intereses y atraerles por la novedad y por el libertinage ya del espíritu ó ya de los sentidos; en una palabra, han podido fácilmente, ó engañarse, ó seducir y engañar á los otros, porque en esto nada hay que sea sobrehumano; pero ademas de no haber podido gloriarse de haber hecho ningun milagro en público, ni reducir su religion á hechos positivos de que sus sectarios fuesen testigos, existe

siempre un hecho desgraciado para ellos, que no han podido nunca ni cubrirle ni hacerle desaparecer; y este es el de su novedad. Siempre aparecerá á los ojos de todo el universo que ellos y la secta que han establecido se han separado de este gran cuerpo y de esta Iglesia antigua que Jesucristo fundó, en la que S. Pedro y sus sucesores han tenido y tienen el primer lugar, y en el que todas las sectas les han encontrado establecidos. El momento de la separación será siempre tan constante, que los hereges mismos no lo podrán negar, ni aun se atreverán solamente á intentar la prueba de su sucesion desde el origen por una continuacion jamas interrumpida. Este es el flaco inevitable de todas las sectas que los hombres han establecido. A ninguno le es dado cambiar la historia de los siglos pasados, ni darse predecesores, ó hacer que los haya encontrado en posesion. Sola la Iglesia católica puede presentar esta prueba en todos los siglos precedentes, segura de que no le será contestada su no interrumpida sucesion. La ley precede al Evangelio; la sucesion de Moisés y de los patriarcas forma una correlacion no interrumpida con la de Jesucristo: ser agüardado, venir, ser reconocido por una posteridad que dura y durará mientras el mundo exista, este es el carácter del Mesías en quien nosotros creemos. "Jesucristo es hoy, era ayer, y lo será por los siglos de los siglos."

Asi, ademas de la ventaja que tiene la Iglesia de Jesucristo de haber sido ella sola fundada sobre hechos milagrosos y divinos, que han sido escritos con toda publicidad, y sin temor de que se le desmientan, en los tiempos en que se verificaron; hé aquí, en favor de los que no vivieron en aquellos tiempos un milagro siempre permanente, que confirma la verdad de todos los otros: y es la continuacion y subsistencia de la religion siempre victoriosa sobre los errores que han intentado destruirla. A esto se puede añadir todavía otra nueva prueba en confirmacion, cual es el visible cumplimiento de un continuo castigo que pesa sobre los judíos que no recibieron al Cristo prometido á sus padres.

Le aguardan sin embargo todavía, y su esperanza siempre frustrada forma una parte de su suplicio. Le aguardan, y hacen ver al aguardarle que él ha sido siempre esperado. Condenados por sus propios libros, aseguran la verdad de la religion: llevan, por decirlo asi, escrito sobre su frente el cumplimiento de cuanto se les habia anunciado: de una sola ojeada se ve lo que han sido, porque se les ve cómo están y para qué están reservados.

De esta manera cuatro ó cinco hechos auténticos y mas claros que la luz del sol hacen ver nuestra religion tan antigua como el mundo. Demuestran por consiguiente que no tiene

otro autor mas que el que ha fundado el universo, quien teniéndolo todo en su mano, solo él ha podido dar principio y dirigir hasta el fin un designio en el que se hallan comprendidos todos los siglos.

No hay que admirarse, pues, como sucede ordinariamente, de que Dios nos proponga la creencia de tantas cosas tan dignas de él, y al mismo tiempo tan impenetrables á la razon humana; antes mas bien hay que admirarse de que habiendo establecido la fé sobre una autoridad de tanta firmeza y tan manifiesta, queden en el mundo todavía tantos obcecados é incrédulos.

Nuestras desordenadas pasiones, el apego á nuestros sentidos, y nuestra indomable soberbia son la causa de esto. Preferimos arriesgarlo todo, á violentarnos: preferimos encenagarnos en nuestra ignorancia antes que confesarla: y queremos mejor satisfacer una vana curiosidad, y alimentar en nuestro espíritu indócil la libertad de pensar todo lo que nos ágrade, que someter nuestra razon al yugo de la autoridad divina.

De esto nace que haya tantos incrédulos; y Dios lo permite para que sirva de instruccion á sus hijos. Sin los obcecados, sin los salvages, sin los infieles que quedan, y aun en el seno mismo del cristianismo, no llegaríamos á conocer bastante la profunda corrupcion de nuestra naturaleza, ni el abismo de donde Jesucristo nos

ha sacado. Si su santa verdad no sufriese contradiccion, no veríamos la maravilla por la que se ha sostenido y dura entre tantas contradicciones, y olvidaríamos al fin que somos salvados por la gracia. En el entretanto la incredulidad de los unos humillá á los otros; y los rebeldes que se oponen á los designios de Dios hacen resplandecer el poder por medio del que, é independientemente de toda otra cosa, cumple las promesas que ha hecho á su Iglesia.

¿Qué aguardamos, pues, para someternos? Esperamos que Dios haga siempre nuevos milagros; que los haga inútiles continuándolos; que habitúe á ellos nuestros ojos como lo están á ver el curso del sol y todas las demas maravillas de la naturaleza? ¿O bien esperamos que los impíos y los obstinados se calleñ; que los hombres de bien y los libertinos den un igual testimonio de la verdad; que todo el mundo de comun acuerdo la prefiera á su pasion; y que la falsa ciencia, que la sola novedad admira, cese de sorprender á los hombres? ¿No es bastante lo que vemos, que no se puede combatir la religion sin mostrar, con prodigiosos estravíos, que se tiene la razon trastornada, y que no puede defenderse mas que por la presuncion ó por la ignorancia? La Iglesia, victoriosa de los siglos y de los errores, ¿no podrá vencer en nuestras almas los miserables ratiocinios que se le oponen? Y las promesas divinas, cuyo

cumplimiento vemos verificarse todos los días, ¿no podrán elevarnos sobre la esfera de los sentidos?

No se nos diga, pues, que estas promesas permanecen todavía en suspensión, y que como se extienden hasta el fin del mundo, hasta que este llegue no podremos gloriarnos de haber visto realizado su cumplimiento; porque, por el contrario, lo pasado nos sirve de garantía para lo futuro: tantas antiguas predicciones, tan visiblemente cumplidas, nos aseguran que nada quedará sin cumplimiento; y que la Iglesia, contra quien el infierno, según la promesa del Hijo de Dios, no podrá jamás prevalecer, permanecerá siempre subsistente hasta la consumación de los siglos, mediante á que Jesucristo, verdad infinita, no ha dado otros límites á su duración.

Las mismas promesas nos aseguran la vida futura. Dios, que se ha mostrado tan fiel cumpliendo lo concerniente al siglo presente, no lo será menos para cumplir lo que concierne al siglo futuro, del que todo lo que vemos no es mas que una preparacion; y la Iglesia será sobre la tierra siempre inmutable é invencible hasta que reunidos sus hijos, sea transmigrada toda entera al cielo, que es su verdadera mansion.

Para los que sean excluidos de aquella ciudad celestial, estáles reservado un castigo eterno; y despues de haber perdido por culpa suya una

bienaventuranza perdurable, no les quedará mas que una eternidad infeliz.

De esta manera terminan los juicios de Dios siempre inmutables; sus promesas y sus amenazas son igualmente ciertas; y lo que ejecuta en el tiempo, nos asegura lo que nos prescribe con respecto á las esperanzas ó temores sobre la eternidad.

Hé aquí, pues, lo que nos enseña la historia de la religion puesta en compendio ante vuestra vista. Por el tiempo os conduce á la eternidad. Veis un orden constante en todos los designios de Dios, y una señal visible de su poder en la duración perpétua de su pueblo. Reconoceis que la Iglesia tiene un tronco siempre subsistente, del cual no es posible separarse sin perderse, y que los que, estando unidos á él, hacen obras dignas de su fé, se aseguran la vida eterna.

Estudiad, pues, Sermo. Sr., con una atención particular esta historia continuada de la Iglesia, que os asegura tan claramente todas las promesas de Dios. Todo lo que rompe esta cadena, todo lo que sale de este círculo, todo lo que se eleva de sí mismo, y no viene en virtud de las promesas hechas á la Iglesia desde el origen del mundo, debe causaros horror. Emplead todas vuestras fuerzas en traer á esta unidad todo lo que se ha desviado de ella, y en hacer escuchar á la Iglesia por medio de la

cual el Espíritu Santo pronuncia sus oráculos.

La gloria de vuestros predecesores consiste no solo en no haberla jamás abandonado, sino en haberla siempre defendido y protegido, y haber merecido por esto ser llamados sus hijos primogénitos, que es sin duda el mas glorioso timbre de que se han envanecido.

No tengo necesidad de hablaros de Clovis, de Carlo-Magno, ni de S. Luis. Considerad solo el tiempo en que vivís, y mirad sin perder de vista al padre de quien Dios os ha hecho proceder. Un rey tan grande en todo, se distingue mas por su fé que por las otras admirables cualidades de que se halla adornado. Protege la religion dentro y fuera del reino, y hasta en las últimas estremidades del mundo. Sus leyes son uno de los mas fuertes baluartes de la Iglesia. Su autoridad, acatada tanto por el mérito de su persona, como por la magestad de su centro, no tiene mejor apoyo que cuando defiende la causa de Dios. Ya no se oyen blasfemias; la impiedad aterrada tiembla ante su presencia: es el rey señalado por Salomón, que conjura todos los males con solo su mirada. Si ataca á la heregia por tantos y mas medios que de los que se sirvieron sus predecesores, no es ciertamente porque tema que su trono vacile; todo está tranquilo y sometido á sus pies, y sus armas son temidas por toda la tierra: sino porque ama á sus pueblos, y porque viéndose elevado por la

mano de Dios á un poder que no encuentra igual en el universo, conoce que no puede hacer un uso mejor de él que empleándole en curar las llagas de la Iglesia.

Imitad, Sermo. Sr., un tan bello ejemplo, y trasmitidle en herencia á vuestros descendientes. Recomendadles su Iglesia con mas encarecimiento que este gran imperio que vuestra real estirpe está gobernando despues de tantos siglos. Que vuestra augusta dinastía, la primera en dignidad que hay en el mundo, sea la primera en defender los derechos de Dios, y en estender por todo el universo el reino de Jesucristo, que es quien la hace reinar con tanta gloria.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.